

La lectura y el humanismo

PROF. RICARDO KREBS W.*

Las dos fuerzas espirituales constitutivas de la cultura de Occidente, el cristianismo y el humanismo, se basan ambas en el libro. *La Biblia*, el Libro de los Libros, es texto sagrado que revela el logos divino. El humanismo basa los *studia humanitatis* en la interpretación del texto clásico, revelación del logos humano.

Con el humanismo renacentista brota una verdadera pasión por el libro. Los humanistas y sus mecenas no escatimaron fuerzas, ni tiempo ni dinero para coleccionar manuscritos, hacer copiar textos, ordenar traducciones y preparar nuevas ediciones. Después de una primera resistencia frente al libro impreso, comprendieron las enormes ventajas del revolucionario invento y empezaron a auspiciar ediciones y a coleccionar incunables.

Del tiempo del Renacimiento datan las primeras grandes bibliotecas¹. El Papa Nicolás V fue durante toda su vida un gran coleccionista. Ya en su juventud contrajo fuertes deudas para comprar y hacer traducir viejos códigos. Siendo Papa envió a sus agentes a todas partes para que adquiriesen textos de autores paganos y cristianos. A su muerte dejó una Biblioteca de 9.000 volúmenes, base de la Biblioteca Vaticana.

* Se reproduce con autorización de la Editorial Universitaria de Santiago. El presente trabajo corresponde a la intervención del profesor e historiador Ricardo Krebs W. en las Jornadas del Libro y la Cultura desarrolladas en 1978 con participación de todas las Universidades chilenas.

¹ La información siguiente en: J. Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Sección Tercera, 3. Capítulo.

El florentino Niccolò Niccoli, que formaba parte del círculo de eruditos amigos de Cosme de Médici el Mayor, gastó toda su fortuna en la compra de libros. Después de haber agotado sus recursos, los Médicis le facilitaron todo el dinero que él solicitaba para poder seguir comprando. Era generoso para prestar sus libros, permitía que otras personas fuesen a leer a su biblioteca y comentaba con ellos las lecturas. Logró reunir 800 volúmenes que después de su muerte ingresaron a la Biblioteca de San Marcos.

Los Médicis fueron apasionados coleccionistas y lograron formar una de las más completas bibliotecas de la época. El Cardenal Besarión logró reunir, con grandes sacrificios, 600 manuscritos de autores clásicos paganos y cristianos. La Señoría de Venecia destinó fondos para la construcción de un local adecuado para guardar estos libros. Hasta la fecha la Biblioteca de San Marcos guarda parte de estos tesoros.

Otra de las bibliotecas famosas de la época fue la Biblioteca de Urbino, fundada por el célebre Federigo de Montefeltro, que estaba tan bien organizada que disponía de los inventarios de la Biblioteca Vaticana, de la Biblioteca de San Marcos en Florencia, de la de los Visconti en Padua y aun el inventario de la Universidad de Oxford. Sus fondos comprendían a varios autores griegos, gran número de latinos, los grandes autores medievales y casi todos los "modernos", como Dante y Boccaccio.

El afán coleccionista estuvo dirigido en primer lugar hacia los autores latinos. Los humanistas y los agentes de los príncipes revisaron sistemáticamente los archivos de los monasterios y las iglesias. Lo consideraban el día más feliz de su vida cuando descubrían alguna obra hasta entonces desconocida. Petrarca halló las cartas de Cicerón; Boccaccio, las Historias de Tácito; Poggio, el más afortunado de todos, descubrió en algunos conventos de Italia y Alemania varios discursos de Cicerón, Comedias de Plauto, poesías de Lucrecio, las obras completas de Quintiliano. Gracias a esta apasionada búsqueda fue posible arrancar del olvido numerosos textos que habían quedado totalmente ignorados durante la Edad Media. Algunas obras clásicas latinas quedarían perdidas por siempre. Pero todo lo que se había conservado fue recogido y ordenado sistemáticamente por los humanistas, los cuales de esta manera se hicieron cargo del legado

de Roma y se esforzaron por incorporarlo íntegramente a la cultura europea.

El deseo de asimilar la tradición clásica en su totalidad y en su verdad objetiva y original hizo que los humanistas no se limitaran a la civilización latina, sino que hayan querido penetrar también en el mundo helénico. Ciertamente que ya el pensamiento medieval se había nutrido de las fuentes griegas y, principalmente, de Aristóteles. A través de la Patrística gran parte de la sabiduría griega se había mantenido viva. Sin embargo, el conocimiento de los autores griegos había sido muy incompleto y, sobre todo, no había sido un conocimiento directo, ya que se había basado en traducciones latinas y árabes, muchas de las cuales habían sido muy deficientes.

Petrarca, en quien aparecen ya todos los rasgos que caracterizarían el humanismo, fue también el primero que sintió la nostalgia hacia el mundo helénico y quien, al igual que Cicerón, estuvo convencido de que el estudio de los griegos era indispensable para adquirir verdadera "humanidad". Petrarca sufrió amargamente por no dominar la lengua griega. Poseía un texto de Homero que había recibido de un señor bizantino, pero no podía leerlo. Con profunda tristeza escribe en una de sus epístolas familiares: "Homero está mudo junto a mí; mejor dicho, soy yo quien está sordo ante Homero. Gozo, al menos, con su vista, y a veces lo abrazo y le digo suspirando: ¡Oh gran hombre, cuánto deseo oírte!".

Para poder aprender la lengua griega y leer a los autores griegos se requería de maestros y de libros. El primer profesor de griego fue Manuel Crisóloras, humanista bizantino y, al mismo tiempo, un buen latinista, quien permaneció durante cinco años en Florencia y luego pasó a Pavía y a Roma, enseñando el griego a la juventud italiana, comentando e interpretando a los autores griegos. El entusiasmo por la lengua y las letras griegas fue tan grande que varios italianos se dirigieron a Constantinopla. Uno de ellos, Aurispa, hasta vendió sus vestidos para comprar libros. A raíz de la caída de Constantinopla en manos de los turcos, numerosos sabios bizantinos huyeron a Italia, llevando consigo lo último que se les había quedado: el recuerdo de una gran tradición, la firme voluntad de conservar su tradición cultural en tierra extranjera y un cierto número de libros. De esta manera llegaron a Italia preciosos manuscritos y códices,

entre ellos numerosas obras hasta entonces totalmente desconocidas. El Cardenal Besarión logró reunir 600 manuscritos griegos, la colección más rica de Europa. Este material hizo posible la publicación de las obras originales griegas. Entre estas publicaciones merece especial mención la del gran editor veneciano Aldo Manucio, quien entre 1494 y 1515 publicó, por primera vez, las obras de 27 autores griegos, entre los cuales figuraban Aristóteles, Eurípides y Tucídides. Al salir a luz esta publicación podía decirse que lo más importante del legado de Grecia había sido salvado para la cultura occidental. En esos volúmenes se condensaba y se hacía presente la cultura intelectual griega.

Cabe preguntar: ¿qué fuerzas impulsaron a aquellas generaciones a dedicarse, con entusiasmo, profundo interés y grandes sacrificios, a buscar manuscritos perdidos, a depurar los textos medievales, a preparar nuevas ediciones, a hacer el enorme esfuerzo de aprender nuevamente el latín clásico ciceroniano y estudiar el griego, a coleccionar libros y formar bibliotecas? ¿Qué significó para los humanistas el libro? ¿Qué significó para ellos la lectura?

Para poder contestar estas preguntas debemos recordar la función que el humanista confirió a la palabra, a las letras y a su estudio científico, la filología.

Con este fin recurramos primero a uno de los más destacados representantes del temprano humanismo, Colucci Salutati, Canciller de la República florentina². Salutati asume la defensa de la educación humanista basada en el estudio de las letras. Sus críticos afirmaban que los estudios literarios eran meramente formales, retóricos y literarios y que convertían al hombre en un intelectual y teórico alejado de la vida real y de la práctica. Salutati señala que el estudio de las *litterae* persigue el fin de devolver a las palabras su auténtico y verdadero sentido que se ha perdido en el hablar cotidiano. El hombre sin cultura humanística literaria habla sin entender el verdadero sentido de las palabras y con eso ignora la realidad. Pues, cosa y palabra, realidad y lenguaje, constituyen una unidad. "La palabra nace conjuntamente con la cosa"³. La palabra fija el

2 B. L. Ullman, *The humanism of Colucci Salutati*, Padua 1963. E. Kessler *Das Problem des frühen Humanismus, Seine philosophische Bedeutung bei Colucci Salutati*, Munich, 1968.

3 Cf. E. Grassi, *Humanismus und Marxismus*, Rowohlt 1973, pp. 89 y sgtes.

objeto. Una realidad indeterminada es caótica. El lenguaje integra los objetos externos a la interioridad humana. Todo verdadero estudio gramatical conduce, pues, a un contacto con la realidad. Realidad y verdad se hacen manifiestas a través de la palabra.

La educación humanista, literaria, el estudio de la lengua, lejos de convertirnos en literatos e intelectuales abstractos, nos sitúan en la realidad y nos hacen participar en ella.

Los *studia humanitatis* son, pues, un medio para conocer en la letra el espíritu, y en las cosas, su esencia. La educación humanista conduce a una formación completa del alma humana, porque la sitúa en la realidad y le permite tomar conciencia de la verdad.

Colucci Salutati expresa, pues, la hermosa idea de que el hombre, para realizarse plenamente, esto es, para alcanzar su plena realidad humana, y para hacer una vida auténtica, debe tener conciencia de lo que habla, porque sólo así puede tener conciencia de lo que piensa y de lo que hace. Debe comprender el sentido de las cosas y con este fin debe conocer el verdadero y originario sentido de las palabras, del lenguaje. Y como el origen de las lenguas y de nuestra cultura está en la Antigüedad, en Roma y en la Hélade, es necesario estudiar las lenguas clásicas. Su estudio nos permite identificarnos con las experiencias originarias de los antiguos. Estos se encontraron por primera vez frente a una realidad indeterminada y trataron de ordenarla espiritualmente. Los documentos de esta lucha por un orden, una unidad, son las lenguas y letras clásicas. Su estudio nos permite levantarnos por encima del caos en que vivimos, por encima del antagonismo y de las contradicciones que son características para la situación del hombre. El hombre es, entre todos los seres, el único que está dotado de libertad y, por eso, es el único que debe crear su ser y su realidad humana. Y el hombre crea su ser y se realiza ordenando su mundo por medio de la palabra, esto es, por medio del espíritu.

Con Colucci Salutati coincide ampliamente otro gran humanista, Leonardo Bruni. Bruni fue en su juventud discípulo de Manuel Crisóloras y siguió las clases de griego que éste dictó en Florencia. Leonardo Bruni sintió un profundo y sincero ca-

riño por su maestro. Los estudios del griego no fueron para él gimnasia intelectual ni pedantería literaria.

Bruni celebra el comienzo de la enseñanza del griego por Crisóloras con entusiastas exclamaciones. Estas no fueron de ninguna manera retórica adulatoria, sino que emanaron de una convicción auténtica. El comienzo del estudio del griego es para Bruni el comienzo de una nueva época en que el espíritu vuelve a sus orígenes y descubre con eso su verdadera naturaleza y toda su riqueza.⁴

“Desde hace setecientos años —escribe Bruni— nadie en Italia conocía el griego; y, sin embargo, éste es la fuente de todas las doctrinas. Ahora las letras reflorecen con toda su fecundidad, para formar, no a eruditos, sino a hombres enteros. Se llaman estudios de humanidades, porque forman al hombre completo”.⁵

Studia humanitatis, los estudios literarios y filológicos, el aprendizaje de las lenguas clásicas, la lectura: significan confrontarse con un pensamiento ajeno. Para comprender ese pensamiento, el hombre debe hacer un esfuerzo intelectual e identificarse con lo que ha pensado el otro. Para que este contacto sea fecundo, el hombre debe superar su yo subjetivo, debe dejar a un lado toda violentación arbitraria del texto y, abriéndose al pensamiento ajeno, debe respetarlo en su objetividad. Sólo entonces el individuo se enriquece, amplía su yo, forma su personalidad y se identifica con los valores objetivos de la cultura; sólo entonces adquiere cultura, pues arraiga su individualidad subjetiva y pasajera en el orden real y objetivo de los valores de la cultura universal.

Conociendo esta idea, se comprende la crítica que los humanistas hacían a los autores medievales, a su latín bárbaro y a las traducciones deficientes que ellos habían usado. Bruni se quejaba de que los escolásticos sólo extraían de Aristóteles “términos ásperos que ofenden los oídos y fatigan al lector”.⁶

4 L. Bruni, *Humanistisch-philosophische Schriften*, ed. H. Baron, Leipzig, 1928.

5 E. Grassi. *Ob. cit.*, pp. 93 y sgts.

6 “Verba aspera, inepta dissona, quae cuiusvis aures obtundere ac fatigare possent”. Ad. P. P. Histrum *Dialogus*, en *Prosatori latini del quattrocento*, ed. F. Garin Milán, 1952, p. 56.

Bruni se dedicó a la reconstrucción filológica de los textos antiguos y a hacer nuevas traducciones. Ello le permitió descubrir la naturaleza histórica del lenguaje y los cambios que sufre el sentido de las palabras. El lenguaje no posee un significado abstracto que valga para siempre. La denominación de los objetos no ocurre de una manera puramente lógica. El mundo humano no es un mundo lógico ni abstracto. Cada palabra tiene un significado histórico, su sentido cambia y aun un mismo autor puede usar la misma palabra con distintas acepciones. La lectura consiste en descubrir la verdad y realidad que el texto revela. En los múltiples y variados significados del lenguaje se refleja la historicidad del ser humano.

El lenguaje, además de ser un fenómeno histórico, constituye un fenómeno social. El lenguaje es experiencia histórica y es comunicación social. El humanista, que lee e interpreta los textos clásicos, no se retira a un mundo ficticio, sino que justamente supera el aislamiento de su subjetividad, se comunica con otros pensadores y se forma de esta manera para cumplir con sus deberes frente a la sociedad y la comunidad política.

Por este motivo, el estudio de las *litterae* no es simple afición de los literatos, no es lujo ni adorno, ni es una actividad reservada a una minoría elitaria y esotérica.

El mundo del hombre inculto es un mundo pobre y bárbaro. El inculto, que no lee, no sabe expresarse. Carece de palabras y permanece dentro de una realidad caótica en que todo parece vago e indeterminado y en que el hombre es un bárbaro que actúa impulsado por sus apetitos. El mundo del hombre inculto es un mundo inhumano. El hombre debe ordenar su mundo, superar la barbarie y buscar la perfección. "Esta perfección de que hablo, sólo se alcanza mediante la posesión de variados y diferenciados conocimientos. Por eso es necesario haber visto mucho y haber leído mucho y haberse preocupado de los filósofos, poetas, oradores, historiadores y toda clase de otros escritores. Sólo así se logra la plenitud y la perfección, de modo que seamos hombres ricos y múltiples y diestros en todas las cosas y no personas rudas".⁷

⁷ L. Bruni, *op. cit.*, p. 18, citado por E. Grassi, *ob. cit.*, p. 96.

En los *studia humanitatis* el hombre no constituye un objeto pasivo, sino que él es el sujeto activo del proceso de su formación ya que él, por medio de la lectura, la interpretación de los textos, descubre el sentido de las palabras, el significado del pensamiento, las revelaciones de la realidad y de la verdad.

En ello consiste el verdadero significado de la filología, del amor por la palabra. El filólogo es el lector por excelencia, es el hombre que se forma leyendo, que descubre la realidad externa y su propia realidad a través de la palabra y el libro. A diferencia de la filosofía que trata de conocer el ser absoluto y al hombre en sí, la filología conoce y comprende al hombre concreto. Todo texto es un testimonio del hombre en que éste se revela como sujeto histórico y da cuenta de sus experiencias. El lenguaje del político, del orador, del poeta, del historiador, recoge y refleja de una manera concreta sus reacciones emocionales, sus sentimientos, ilusiones, pensamientos, intenciones y experiencias. Pero por el mismo hecho de haber racionalizado estas pasiones, reflexiones y experiencias, éstas ya no se presentan en forma caótica, sino que aparecen ordenadas, integradas, evaluadas y provistas de sentido. El lector que se introduce en un libro se introduce en un mundo ordenado en que los fenómenos individuales han quedado incorporados a un contexto y han recibido con eso un sentido. Esta interpretación de la realidad será tanto más rica, más luminosa y más inteligente, mientras más alta sea la calidad intelectual y humana de su autor. De ahí se deriva la necesidad de basar los *studia humanitatis* en los textos clásicos, en los libros de aquellos grandes pensadores que han sabido vivir, sentir y pensar más intensa e inteligentemente la realidad. El lector que recurre a textos insignificantes, confusos y frívolos se hunde en un mundo de bajas pasiones, mezquinos intereses y consideraciones desordenadas. El que estudia los textos clásicos se eleva a un mundo hermoso que le permite descubrir su identidad y dignidad.

El humanista se esfuerza por escribir un latín clásico y por estudiar la lengua griega, lucha por obtener los textos originales y restablecer la pureza original de los textos viciados y trata de comprender a los autores clásicos mediante la interpretación filológica, porque está convencido de que el pensa-

miento ajeno debe ser respetado y re-pensado en su objetividad e integridad. Sólo nos enriquecemos si añadimos algo a nuestro ser. Debemos escuchar con humildad las palabras de los grandes pensadores de otros tiempos. El diálogo con ellos no es pedante erudición, sino que nos hace entrar en una comunidad ideal, basada en los vínculos espirituales que unen a todos los hombres.

La identificación con los grandes pensadores del pasado nos da acceso al mundo de la cultura, al mundo en que el hombre, superando su yo, sus pasiones y sus mezquinos intereses, se convierte en ciudadano de una república ideal. La cultura común establece, a su vez, vínculos entre los hombres vivientes en el presente. Los hombres que han conocido su verdadero ser a través de la identificación con los grandes pensadores de la historia se esfuerzan por realizar su ser en la actualidad y hacer una vida auténtica, llena de sentido.

Los *studia humanitatis* no son, pues, erudición, retórica, literatura en un sentido peyorativo; la cultura no es un fenómeno meramente intelectual, reservado al erudito y al sabio profesional, sino que es formación del hombre integralmente humano que participa en la vida de la sociedad.

Cultura es, esencialmente, diálogo. El hombre debe dialogar con los antiguos, con todos aquellos que han pensado la verdad, para poder dialogar en el presente y realizar su ser en la existencia histórica. El diálogo con los antiguos nos permite tomar conciencia de nuestra propia humanidad, y esta conciencia es necesaria para vivir humanamente.

El hombre que lee y que, leyendo, se liga a un texto, dialoga con los grandes del espíritu, supera las limitaciones del espacio y del tiempo, supera el momento fugaz y se identifica con un mundo que está más allá de los límites del espacio y del tiempo. Rompe las cadenas con que la historia le ata y gana la libertad del espíritu que no conoce límites ni épocas.

Las ideas de Salutati y Bruni fueron continuadas y profundizadas por Lorenzo Valla quien, en sus "Disputaciones Dialécticas" y en sus ensayos "Sobre el placer" y "El libre arbitrio"⁸, lanzó una violenta crítica contra la filosofía racionalista y de-

⁸ Lorenzo Valla, *Opera Omnia*, ed. E. Garin, Turín, 1962. P. O. Kristeller, *Eight Philosophers of the Italian Renaissance*, Stanford, 1968. J. E. Seigel, *Rhetoric and Philosophy in Renaissance Humanism. The Union of Eloquence and Wisdom, Petrarch to Valla*, Princeton, 1968. B. Gerl, *Lorenzo Valla, Rhetorik als Philosophie*, Munich, 1973.

ductiva de Aristóteles y de los escolásticos y defendió la filología como el verdadero conocimiento de lo real.

Valla quiere, por medio de la filología, comprender el sentido originario exacto de las palabras. Remontándose al sentido más antiguo de la palabra, quiere determinar su significado para comprender el pensamiento que se expresa a través de ella. Por eso reacciona Valla contra el latín medieval y se va a las fuentes, al latín clásico y al griego antiguo. El lenguaje es mensaje del espíritu y por eso es necesario respetarlo en su forma propia. Sólo entonces la palabra recupera su valor como comunicación, como vínculo entre los hombres. Sólo en esta forma el pensamiento y la palabra dejan de ser elementos antagónicos. En la historia de una palabra podemos seguir la historia de una institución, de una costumbre, de una forma de vida.

El lenguaje aparece, pues, como manifestación concreta del espíritu humano, como vínculo que une a los hombres. El lenguaje constituye, por tanto, la base de toda cultura.

Por este motivo, toda vida humana —que es siempre vida del espíritu— tiene su raíz y su fundamento en los *studia humanitatis*.

Los humanistas esperaron, pues, la renovación total del hombre, el renacimiento del hombre humano, de la identificación del espíritu con los grandes hombres del pasado. El origen de la cultura estaba en la Hélade y en Roma. Para que el hombre se hiciera culto y humano, debía retornar a los orígenes de su cultura y su humanidad. En la Antigüedad clásica el hombre había hecho sus primeras experiencias, se había definido por primera vez como ser humano frente a la naturaleza y el caos y había creado un orden que le había permitido vivir como ser humano. Volver a los orígenes, significaba volver al auténtico ser del hombre y sólo ello hacía posible el renacimiento del hombre a una nueva vida que era vida auténtica e integralmente humana.

Por eso constituían los *studia humanitatis* la educación del hombre humano. A través de las letras, por medio de la palabra y el estudio cuidadoso, por medio de la lectura de los textos clásicos, las más altas manifestaciones de los grandes pensadores, el hombre se identificaba con el espíritu que era la verdadera realidad, se hacía culto y, con ello, humano.

He ahí las razones más profundas de aquel espontáneo entusiasmo con que los humanistas italianos se dedicaron al estudio de las lenguas y letras clásicas, al mundo de Homero, de Sófocles y de Platón, de Horacio, Virgilio y Cicerón.

Los humanistas, haciendo revivir a los oradores, poetas y filósofos de Atenas y Roma, daban un nuevo sentido a la cultura e imponían a los espíritus cultos el ideal de una grandeza imperecedera que consistía en la construcción de una patria nueva, inmortal y divina, la patria de los hombres humanos que en esta república ideal se encontraban, se entendían y se amaban. La clasicidad era un pasado, mas, un pasado que renacía en función de un presente que implicaba un proyecto del futuro. El humanismo no era entrega pasiva o sentimental a formas arcaicas, no era imitación o plagio, sino que implicaba una decisión, una actitud ante la vida y una esperanza. Volviendo sobre sus orígenes, el hombre hacía nuevas experiencias y, revisando críticamente su tradición, tomaba conciencia de los problemas aún no resueltos por el espíritu humano y hacía ver la necesidad de una continua superación. El humanismo arraigaba al hombre en una tradición cultural y, de esta manera, le abría una nueva senda hacia el porvenir.

El renacimiento del mundo clásico por medio de la lectura de sus más significativos testimonios con el fin de hacer una nueva experiencia histórica y cultural que permitiera al hombre descubrir su identidad y su humanidad: con estas palabras podemos caracterizar el sentido de los *studia humanitatis*.

Los estudios humanistas consistieron ante todo en la lectura y la interpretación de textos. La disciplina propia del humanismo fue la filología. Mas, esta filología implicó, en cierta medida, también una filosofía. La filosofía humanista se desarrolló en oposición contra la decayente escolástica y reaccionó por eso también contra Aristóteles y el aristotelismo, sintiéndose profundamente atraída por Platón y los filósofos neoplatónicos. Esta corriente platónica y neoplatónica fue iniciada por el sabio bizantino Gemisto Pletón quien, durante el Concilio de Florencia en el año 1439, dictó un ciclo de conferencias sobre Platón con que se inició una nueva etapa en la historia del platonismo. El principal centro de la filosofía platónica durante el Renacimiento fue la Academia platónica de Florencia que se

constituyó con el patrocinio de Cosme de Médici y de su nieto Lorenzo bajo la dirección de Marsilio Ficino, uno de cuyos miembros fue Pico della Mirandola, una de las figuras más conmovedoras y patéticas del Renacimiento.

El platonismo obedeció al deseo de superar la crisis entre razón y fe que se había producido en la Baja Edad Media y de desarrollar una nueva metafísica del hombre en que quedaran reconciliados los valores humanos con los valores religiosos trascendentes. Este platonismo condujo a la idea de un universalismo humano que se deriva de la dignidad y libertad del hombre, como suprema exigencia de la unidad del espíritu.⁹

El nuevo entusiasmo e interés por Platón no brotó, pues, de una simple curiosidad intelectual ni fue un movimiento académico erudito, sino que obedeció al deseo y a la vital necesidad de crear una nueva idea del hombre.

El más hermoso documento de esta búsqueda filosófica es el célebre *Discurso sobre la Dignidad Humana* de Pico della Mirandola.

Este discurso trata de la situación central que el hombre ocupa en la creación. Cada ser existente tiene su naturaleza propia que condiciona su acción y todo su ser y que hace, p. Ej., que el perro viva siempre como perro y el león como león. Su ser es homogéneo y unitario, el animal siempre es lo que es y lo es íntegramente. No puede equivocarse con respecto a su ser. Constituye siempre una unidad y forma una unidad con su mundo circundante. El hombre, en cambio, no posee una naturaleza única que lo obligue, no tiene un ser que lo condicione de una manera inequívoca. El hombre se crea por medio de su acción, él es el padre de sí mismo, es autor de su ser. El hombre es el único entre todos los seres cuya vida se basa en una sola condición: la falta de condiciones, o sea, la libertad. Su única obligación consiste en ser libre. El hombre es libre. Por eso debe elegir su ruta, debe definir su ser, debe crear su unidad y su mundo. El puede erigir con sus propias manos el altar de su gloria o puede fabricar las cadenas de su condenación.

⁹ E. Garin, *L'umanesimo italiano*, Bari 2ª ed. 1958. P. O. Kristeller, *Renaissance Thought. The Classic, Scholastic and Humanistic Strains*, Nueva York, 1961. G. Gentile, *Il pensiero italiano del Rinascimento*, Florencia, 3ª ed. 1940. G. Toffanin, *Storia del Umanesimo dal XIII al XVI sec.* 3 vols. Bologna 2ª ed. 1950-1952.

Dios “acogiendo al hombre como obra de naturaleza indefinida, y colocándolo en el corazón del mundo”, hablóle así: “No un lugar fijo ni un aspecto propio, ni un don que te sea particular te he dado, oh Adán, porque aquel lugar, aquel aspecto y aquel don que tú desearas, todo ello según tu voluntad y tu consejo obtengas y conserves. La naturaleza de los demás, está contenida en las leyes prescritas por mí. Tú te la fijarás sin verte constreñido por ninguna traba, según tu libre arbitrio, a cuya potestad te confié. Te situé en mitad del mundo, para que desde allí vieras mejor, cuánto en él se contiene. No te hice celeste ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que por ti mismo, como libre y soberano artífice, te plasmes y fijes en la forma que tú determines. Podrás degenerar al modo de las cosas inferiores, que son los brutos, o podrás, según tu voluntad, regenerarte al modo de las superiores, que son las divinas”.¹⁰

El hombre es causa, acto libre. El hombre lo es todo, porque puede serlo todo: piedra o bestia, pero también puede ser hijo de Dios. Por eso es la imagen de Dios y ha sido creado a semejanza de Dios. El hombre es libertad, acción, resultado de su propio acto. La vida humana es existencia que se determina libremente en su esencia. Su única condición es la elección propia y libre. Por eso, el hombre es, entre todos los seres, el único que es persona. Es persona entre personas y es persona ante la persona suprema, Dios. El hombre es el único que posee dignidad y la función de su vida consiste en la realización de su personalidad y en la creación de un mundo que sea digno de su ser como humano.¹¹

Partimos de la pregunta por el sentido que para el humanista tuvieron la lectura y el libro. En resumen, podemos contestar que para el humanista la lectura es fundamentalmente un diálogo, es el encuentro con una experiencia vivida, sentida y meditada por otro, es la ampliación del horizonte propio necesariamente limitado, es la maravillosa posibilidad de trascender los límites del lugar y del momento en que uno se en-

10 Pico della Mirandola: *De hominis dignitate*, 1486, Cit. en: M. Artola, *Textos fundamentales para la historia*, Madrid, 1968, p. 185.

11 E. Garin, *Giovanni della Mirandola. Vita e dottrina*, Publ. della R. Università degli studi Firenze Facoltà di lettere e filosofia, III serie, vol. V, 1937. E. Monnerjahn, *Giovanni Pico della Mirandola. Ein Beitrag zur philosophischen Theologie des italienischen Humanismus*, Veröffentlichungen des Instituts für Europäische Geschichte 20, 1960.

cuentra, es la integración a un mundo más rico, es la audaz aventura de poner a prueba sus propias experiencias y de elevarse a la altura de los grandes maestros que han sabido pensar más hondamente la verdad.

La lectura no es entrega pasiva, sino que es recreación de pensamientos y vivencias que hacen que la propia vida se torne más rica y más intensa.

La existencia humana carece de un orden natural. El hombre vive naturalmente en el desorden y se confronta con fenómenos y hechos particulares frente a los cuales debe definir su identidad y ordenar su existencia. En esta tarea recurre al libro y si es un libro auténtico, un libro clásico, encuentra allí un orden, una interpretación de la realidad, una unidad que le puede ayudar en la difícil tarea de transformar el caos natural en un cosmos espiritual. La lectura, entendida en un sentido humanista, es realización de la dignidad humana, es conquista de la libertad.